



# EL ECO DE CARTAGENA

No XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9974

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

JUEVES 31 DE ENERO DE 1886

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—Compañía de imprenta suya, A. Legeste, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## MUSEO COMERCIAL

PUERTAS DE MURCIA.—PASAGE GONESA

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción

Motores á vapor, gas y petróleo. —Cables planos y redondos de acero, alambre y cáñamo. —Herramientas de todas clases. —Gomas y empacaduras. —Vías férreas y wagoes. —Arados, prensas, bombas. —Cemento catalán. —Vignetas de hierro. —Tuberías é inodoros. —Papel y relieves para el decorado de habitaciones. —Basculas y Romanas. —Cajas de caudales.

Se remiten precios y dibujos á quien los solicite.

## La segunda actriz

Desde que me acordé de que voy á reformar, desde que he hecho, han transcurrido algunos años; este recuerdo ha venido á mi mente, y á falta de más asunto, paro á relatarlo para que aquel á quien se le antojare pudiese leerlo.

Era el invierno del año 1886: en aquel época habíame ido en Toledo comisionado por el regimiento en que servía, y en idénticas circunstancias que yo, se encontraba bastante lejos de la imperial ciudad, más ó menos oficiales, todos jóvenes y de alegre y buen humor.

Tiene Toledo un bonito teatro, el de Rojas, y en él por aquel entonces empezaba á actuar una compañía de ópera italiana, en la que dos figuras se distinguían por su talento y su belleza personal, era todo lo más que podía ser el que estaba formado por artistas de escenas de teatro.

Como en la librería de la ciudad del Tajo, las noches se aglomeraban por doquier, á menos que se dedicaran los residentes en ella á hacer la monótona y cansada vida de café, que de atractivos carece, con-

ría que como único recurso de honesto entretenimiento, teníamos allí el teatro.

No estábamos, por lo general, muy abundantes de fortuna ni mis compañeros ni yo, para podernos permitir el lujo de abonarnos á diario á aquel, pero, como siempre hay medios adecuados de llegar á graciosos arreglos en determinados casos, á nosotros se nos hizo la concesión por el amable empresario, de rebajarnos el precio del abono hasta donde se pudo, permitiéndonos verificar el pago del importe de él por plazos que vencían el primer día del mes, en el que el cobrador se nos presentaba puntualmente con objeto de percibir la parte alcuota del total, que le entregábamos todos á más de una propina que recibía para sí y que agradecía, dejando aparecer en sus labios la más grata y complaciente de sus sonrisas.

No he de reseñar, ni hay para qué hacerlo, por cuántas desdichadas peipicias pasó la compañía apuntada, en los principios de su campaña, pero sí diré, que, debido sobre todo á medidas económicas, hubo que hacer en el personal una notable transformación, pero precipitadamente porque habiéndose suspendido por unos días las funciones, los abonados empezaban ya á murmurar amargados y exigentes, dejando abierta á la empresa la perspectiva de una deserción general, y de ésta la crisis no había más que un paso.

Hecho el anuncio de adquisición de los abonados, ocurrió que, como era de esperar, que los representantes de los anteriores, eran de lo peorito de la clase, recuadados entre los muchos que en la corte se encontraban sin contrata, presentando su aburrimiento, su holganza y su necesidad en espera de mejores y más bonancibles tiempos de prosperidad y abundancia.

Uno de los huecos causados, que había de ser ocupado, era el de la

segunda actriz, cuyo puesto se ocupó á una muchacha bonitilla y vivaracha, habladora como ella sola y sedienta de gloria artística.

La señorita Julia C... esta era la nueva actriz contratada, quien por dicha casualidad vino á residir en la propia casa de huéspedes en que vivíamos algunos oficiales, que desde luego hicimos buena amistad con ella, sabiendo de este modo que desde muy poco tiempo antes trabajaba en el teatro, que pertenecía á una honrada y humilde familia de artesanos, cuyo ejemplo de laboriosidad en la industria, no había imitado, porque la vocación por el arte la tiraba, impulsándola á dar comienzo á su carrera con gran entusiasmo, abrigando no pocas esperanzas para el porvenir.

—El día más grande de mi vida, será aquel en que escuche al público que unánimemente me aclame entre vitoreas y aplausos, —nos decía con ingenioso candor la novel artista, haciéndonos participes de sus culpas artísticas.

Fue anunciado su debut y al teatro nos fuimos todos esperanzados de tener que admirar una notabilidad futura y no bien juzgada por los exigentes públicos; estaba aquella noche el teatro lleno de bote en bote, como suele decirse y la mayor parte de los espectadores, estaba compuesta por un elemento joven partidario de la broma.

No recuerdo cuál era la función anunciada, si tengo presente que era una comedia de costumbres en la que nuestra protagonista sabía presentarse vistiendo elegante traje de amazona.

Se alzó por fin el telón, dió comienzo la obra y llegó el instante en que nuestra amiga debía salir á escena y ¡oh dolorosa decepción! No hay modo de expresar lo que pasó en aquel momento. La Srta. Julia, pésima y ridículamente ataviada en toda su persona, cubriendo su cabeza de un sombrero de especial figura, terminado en punta y adorno

de tres ó cuatro plumas de gallo, fué objeto de las más ruidosas manifestaciones de burla que en toda mi vida he presenciado.

El público fué grandemente á la presencia de tan extraña como inesperada máscara, y hasta los compañeros de la infeliz, tomaron parte en la hilaridad de todos, haciendo imaginables esfuerzos por mostrarse serenos y sacar á la debutante de la situación en que tal recibimiento la había dejado, sin fuerzas para hablar, ni ánimos para desempeñar cumplidamente su cometido.

Con título que recordase la presentación de Julia en escena fue motejada aseguída y todos los concieros desde aquella memorable noche por «la dama de la caperuz».

Ya no hubo humanos medios de que la aspiradora á tanta gloria entrase en el público, que cada día refería de ella con más descaro; verdad es que la pobre dama, vistiendo cada vez con más deplorable gusto y exhibiendo una indumentaria que tenía mucho de grotesca, daba ocasión diaria á los regocijados espectadores, para que despiadadamente se mofasen de ella tan pronto como en la escena se dejaba ver.

Los aplausos estaban cada día más lejos de lo que esperaba nuestra desdichada amiga.

Una noche, la señorita C... se presentó en escena y fue recibida como de costumbre entre algazara y risotadas; esta vez, Julia, no pudiendo contener ya la ira reconcentrada en su pecho, dirigióse con paso firme hasta la batería de luces del escenario, lanzó iracunda mirada al público y con voz firme y segura, sin darse cuenta del peligro á que se exponía, así dijo á los espectadores que silenciosa y religiosamente la escucharon:

—«La dama de la caperuz» des-

pués a todos Vds. y desde este instante se retira del teatro.

Volvió la espalda á la sala con marcada muestra de desdén, y arrebatado, magistralmente, cruzó la escena y desapareció por la puerta del foro.

En vez de tomar el público la humorada de Julia, con muestras de protesta, bien humorado y dispuesto al regocijo, aplaudió estrepitosamente; una voz sonó primero, á ella se unieron otras muchas más, bien pronto y todos á una pidieron la salida á escena de la actriz.

Nadie esperaba ciertamente que se decidiera á acceder á tal deseo, pero ella, más que atrevida temeraria, aparentando indiferencia y tranquilidad salió al palco escénico, llegó hasta su mitad, se detuvo un momento y con indudable muestra de desprecio dio nuevamente la espalda á todos y se retiró definitivamente de la escena, entre las bromas y dicharachos del divertido público.

Hubo ferrosamente que dar por terminada la función aquella noche después de lo ocurrido.

Al día siguiente fuimos algunos á la estación del ferrocarril á despedir á Julia, que regresaba á la corte con su descomulgación.

Daba ástima mirar aquel rostro entristecido y aquellos ojos redondos de amoratado y profundo surco, húmedos y rojos aun de tanto como habían llorado.

—Muchos aplausos escuché anoche, nos decía con triste acento, si hubieran sido consecuencia de mis méritos, me hubiera juzgado elevada á la gloria; los de anoche fueron puñaladas horribles que me despedazaron el corazón, y al mismo tiempo saludable consejo que arrancó la venda que cubría mis ojos, haciéndome comprender cual es el camino que debo emprender. Yo no debí jamás haber intentado salir de mi humildad.

EL HILO DEL DESTINO.

239

sión debemos llamarla, Carvajal se conó á sus pies. —Te amaba —dijo.—Ahora te venero, te adoro. Tu noble franqueza, tan distinta de las irresolutas flaquezas de la generalidad de las mujeres, ha pulsado una cuerda en mi corazón que no creí podía sonar, agitado como se halla, preocupado como está por el temor y la desconfianza, y engañado como hasta aquí ha estado, aun comprendiéndote, ángel mío, en el conocimiento de tu sexo. Pero ¿qué digo? ¡Sexo! —exclamó interrumpiéndose, y cubriendo de besos las manos que Laura le había abandonado.— Tú no perteneces á ese sexo conocido y lleno de defectos; tú no abrigas en tu pecho ninguna de las pesadumbres y miserias que pertenecen á la raza humana. Única en tu especie, nada semejante á la comunidad, creí amar á una mujer y me encuentro idolatrando á un ángel. Hasta hoy no te he llegado á conocer, hasta hoy no he conocido tu valor.

La pobre Laura en balde trataba de interrumpir el delirante discurso de su amante.

En balde trataba de poner freno á los elogios que su modestia reprobaba.

El entusiasmo de Fernando había llegado á su colmo, y no eran ya sus palabras razonables.

Laura sonrojada, entre avergonzada y asustada de tanta violencia, abochornada de las exageraciones

238 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

grimas que en su adolescencia derramó. Le contó, cómo, examinándose, descubrió que la propia perfección de Fernando, su misma superioridad la alejaban de amarle; pero como el reconocimiento de su mérito, el del deber en que estaba de corresponder á los deseos de sus padres, y sobre todo, el no tener previo sentimiento que dispusiera de su corazón; la decidió á corresponder á tan lisonjero cariño; y todo esto lo dijo Laura con tanto candor, con tanta dulzura, que dejó á Fernando completamente satisfecho.

El no quería más sino que le quisiera con preferencia á otra persona; él no quería arrebatos violentos que tan mal sientan en la mujer á quien hemos de llamar esposa (aunque tan seductores en una querida), y le satisfacía por completo el pacífico, constante, nada exigente y tierno afecto que se prometía en Laurita, sin concebir (aun creyendo conocerla tan á fondo) que el temple pacífico, el cariño sossegado, tranquilo, que innato á Laura suponía, no era más que una superficie, no era más que lo que le hermana por el hermano siente, y que bajo ese ligero festivo exterior dormían fuertes pasiones, que no necesitaban más que un impulso, un soplo leve para despertarse á la vida y mostrar toda la fuerza de su naturaleza.

Concluida la confesión de Laura, porque confe-

EL HILO DEL DESTINO.

235

mentado en estas veinticuatro horas, que acaban de pasar. Pero— agregó como repentinamente cambiando de resolución.— Las luchas, las emociones... ¿A qué referirte? Debo ser más generoso, y lo seré. No las reñero. Bástele saber que han formado una crisis en mi vida. Spio me atenderá á comunicarte la resolución que he forzado, porque lo considero como un deber para contigo, para conmigo misma, para con la verdad. Qué más fuere más propio de mi sexo, ocultar los sentimientos que voy á exponer, quisiera merecerá tu censura; una declaración tan abierta en boca de una mujer; pero mi corazón, (no lo debes ignorar) tiene algo varonil en su naturaleza, y esta debe ser mi disculpa. Mi fe en tu nobleza, mi firme convicción de que puedes simpatizar con los sentimientos que me impelen á esta confesión, me sostienen al hacerla; y ahora escúchame. En tu generosidad descauso, y de tu buen juicio espero que comprenderás lo que voy á decir.

Fernando, sin acabar de entenderla, la escuchaba; pero la joven, exaltada por efecto de sus mismas palabras, no le dio tiempo ni aun para asegurarle que podía contar con su generosidad, con las funciones de su buen juicio; y de esta parte continuó:

—Los primeros síntomas de amor que pude traslucir jamás en tí; sabes bien que los interpreté mal, y en vez de halagarme, de ayudarme y satisfacer